

VIII Domingo del Tiempo Ordinario (27-02-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Salgamos de la ceguera ambiciosa de la guerra, miremos al rostro de los que sufren, trabajemos solidarios por la paz.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor va educando a sus discípulos porque quiere que den testimonio profundo del amor de Dios que Jesús, desde el inicio del Evangelio de Lucas, anuncia como el año de la Gracia. Lo hemos venido recordando todas estas semanas.

Y el año de la Gracia es todo lo contrario al tiempo de la desgracia en que algunos en el mundo quieren imponernos mediante la guerra, es decir, es el tiempo de que la Gracia reine en nuestras vidas, en nuestros países, en el mundo, relaciones de fraternidad y de amor gratuito, generoso. Como decía nuestra hermana Fortunata, Presidente de la Red de Ollas Comunes de Lima: “nosotras éramos como islas, cada una andaba por su lado, pero, a partir de la pandemia, nos empezamos a unir y ahora nos conocemos, nos ayudamos, somos felices”. Y eso es una corriente de sentimiento de vida que está llenando nuestra ciudad.

Todas las ollas comunes son los signos de que la Eucaristía que celebramos aquí, se irradia en la vida cotidiana, en el compartir. Y eso es lo que le falta ahora a nuestro mundo, en donde nos hemos llenado de una actitud guerrera de desgracia, es decir, de no vivir en gracia, en generosidad, en hermandad; y los intereses, las ambiciones, las maniobras, las malas intenciones, gobiernan la vida de los seres humanos y del mundo.

Por eso, el discípulo tiene que estar muy formado para poder caminar en ese camino y hacer posible que, como testimonio, ofrezcamos al mundo con sencillez, sin imposición, sin violencia, ofrezcamos el recuerdo de las cosas más humanas que tenemos; y si todos tenemos un poco de sensibilidad, podremos realizarlo.

Nunca nos cansaremos de decir que el Señor, al hombre y a la mujer, los creó a su imagen. Todos nosotros y toda la gente de la calle,

inclusive los no creyentes, todos somos imagen de Dios. ¿Y por qué? Porque somos constitutivamente hechos para amar, porque nuestros brazos están hechos para abrazar, para ayudar; nuestros ojos están para mirar al otro; nuestra boca para decir cosas agradables, interesantes y también para corregir.

Por lo tanto, no estamos hechos egocéntricamente, estamos hechos para el otro, por eso no nos vemos la espalda, incluso si usamos espejos, porque el otro vigila por mí, el otro me custodia, todos somos custodios de todos.

En ese sentido, hay un engaño en la manera de sentir y de pensar en la actualidad que viene de toda esta época en donde creímos que había un gran progreso en la humanidad, y se desarrolló una serie de iniciativas tecnológicas donde todo parecía fácil; pero hay una deuda, eso cuesta muchísimo, y la humanidad empieza a ser obligada a “pagar” esa deuda, para que los que financiaron estos años, pueden ganar el dinero que se supone han invertido; pero que en realidad, lo han invertido sobre la base de la deuda futura que tenemos todos los humanos con todo lo que se ha gastado.

Este progreso artificial ha creado, inclusive, en los países que antes se decían “socialistas” o “los países del este”, la misma ilusión. Y ahora estamos en una época en que entramos a una gran crisis económica después de la pandemia ¿Y qué han hecho los grandes de este mundo? Armar una guerra para hacérsela pagar los que pierden. Eso puede ser una cosa terrible para todo el mundo.

Por esa razón, las actitudes que hemos de cultivar desde la raíz, son aquellas que fortalecen nuestra humanidad como hombres y mujeres nuevos. ¿Por qué decimos hombre y mujer nuevos? Porque Jesús ha venido a traernos el reconocimiento de nuestro origen. Él, que es la imagen directa del Padre, ha dado su vida por nosotros, Él es la semilla que se ha sembrado en nosotros para fortalecer todo lo bueno que tenemos. Y, entonces, Jesús dinamiza en nosotros nuestra capacidad de amar, nuestra capacidad de servir, de ser solidarios.

Por eso es que tenemos a las hermanas de las ollas comunes que se hermanan, como también tenemos a los de Cáritas Lima que se unen y ayudan; a todos los vecinos de la ciudad que organizan el servicio de las colectas; las Cáritas parroquiales que se están empezando a formar y fortalecer. Y también tenemos muchas personas que no pertenecen a ninguna Iglesia, pero quieren ayudar.

Y por eso, hoy día, queremos unirnos a los hermanos que sufren, porque la cadena de la solidaridad tiene que crecer para detener la guerra.

¿Qué cosa es lo que contradice este sentido de amor que tienen nuestros ojos, nuestras manos, nuestra boca, nuestro ser? Lo contradice, en primer lugar, el Señor lo señala: la ceguera. Una “ceguera” que consiste en mirarse a sí mismo y mirar a los demás de acuerdo con lo que cada uno considera su capricho. No vivir según lo que Dios nos ha dado ¿Y qué nos ha dado? La existencia abierta, servicial, y a su Hijo, para recordar esa existencia servicial.

Cuando decidimos en base al interés, a lo que a cada quien le da la gana para organizar su mafia y pelearse con otros, o hacer un pacto de mafias, vivimos en “ceguera”, porque no tengo ninguna capacidad de ver el rostro del otro que sufre, el rostro de los niños que sufren, el rostro de las los ancianos que no pueden ir a ninguna parte porque están desolados, sin atención, los rostros de las personas que todos los días trabajan en la calle que necesitan ayuda y fortalecimiento de sus vidas, el rostro de los enfermos, el rostro de todos los maltratados, especialmente de las mujeres.

Hermanos y hermanas, ciego no es el que no ve o no quiere ver, ciego es el que “cree que ve”; el que se cree la “divina pomada”, se cree superior a los demás, se cree que sus ambiciones son lo único, y está completamente “encerrado” en sus intereses, No se abre, se convierte casi en una especie de poste, frío, helado, sin ninguna capacidad de comunicación y ausente de alegría.

Hoy día, lo que estamos viviendo en el mundo, la guerra contra Ucrania, introduce la tristeza, el dolor, la miseria, la tensión permanente, la violencia. Y eso va para todos los que actúan de esa manera, porque va desde los grandes que dirigen el mundo, aunque algunos están mucho más cautos y mucho más serios, porque se han dado cuenta, han vivido y saben que en el pasado fue muy grave lo que ocurrió como para poder iniciar este tipo de desate de tensiones. Y hay quien, por ambición, pone en cuestión todo lo que hemos ido logrando para construir la paz.

Pacífica es la persona que entiende el problema del otro, no lo juzga, no lo maltrata, sino que reconoce, inclusive, los errores que el mismo tiene y los del otro, pero le da a este la oportunidad de seguir adelante, de cambiar. Y para eso, el maestro es alguien que ha

pasado mucho por la vida y entiende cómo son los problemas para hacer la corrección adecuada, pero no juzga inútilmente, no desprecia, sino que propone alguna salida que pueda permitir a la persona caminar. Sin embargo, si esa persona se encierra en sí misma y no entiende, es otro problema.

El problema fundamental es que, a veces, estos prejuicios que ocurren entre los pueblos, entre pueblos “superiores” y pueblos “inferiores”, entre líderes que se creen que saben todo y no saben nada, entre personas como nosotros, como sacerdotes, que a veces consideramos que todo lo sabemos y no reconocemos el valor de la fe sencilla de la gente. Y esa fe sencilla de la gente, hoy día en el mundo, nos está enseñando.

Qué bonito lo que ha dicho el arzobispo de Kiev, en Ucrania, recordando que la Iglesia, atendiendo el llamado de la gente, va a ir a los refugios a hacer las misas. Una Iglesia que cambia con las situaciones, que se moviliza, que no se queda “quieta” en sus costumbres y entiende que hay que dar aliento, y hacerse presente con la fe, como la presencia de quien está ayudando a que no pueda ser destruida su esperanza.

Hoy Jesús nos invita a salir de la “ceguera”, a mirar el rostro del otro y también a saber decir las cosas. La Parábola de hoy nos recuerda la invitación del Señor a reconsiderar nuestra manera de vivir, de pensar y de sentir; a reconocer nuestros límites, nuestros pecados todos, porque todos somos pecadores y por algún lado cojeamos. “¿Por qué notas la astilla en el ojo de tu hermano, pero no percibes la viga de madera en el tuyo?”, dice el texto.

Y a partir de esa reconsideración, nosotros ganamos experiencia de reconocer y, más bien, ayudamos al otro para que pueda reconocer lo poco que puede haber cometido o hecho. El Señor no dice que no critiquemos al otro, pero tampoco hagamos unos juicios sumarios que destruyen al otro. Hoy día eso es una cuestión indispensable, porque, como hoy bien señaló el Papa en el Ángelus, tenemos que mejorar nuestra mirada, cambiar nuestra mirada.

Pero también hay una cosa muy importante que es la Palabra. Y dice el texto de hoy: “la palabra, la boca, habla de lo que rebosa el corazón”. Si nuestro corazón y nuestras intenciones están llenas de ambición, llenas de prejuicios, llenas de mentiras, entonces, la

palabra, por más elegante que sea, siempre va a dejar transparentar las ambiciones.

Lo conocemos ¿no? Esos regalitos que se reciben de alguna persona, pero la cuestión es que quiere? Será otra cosa?. Las palabras también se dan en los gestos, y qué diferente cuando la palabra es sincera, cuando el compartir es verdadero y, por lo tanto, podemos hermanarnos sin interés. El único interés verdadero que hay es promover al otro, hacer que el otro vaya adelante para ayudarlo, acompañarlo y también corregirlo.

Hoy día, hermanos y hermanas, la Palabra está sumamente mal usada y tenemos que rescatarla. El Señor tiene una frase en el Evangelio que dice: “Yo no he venido a traer la paz, sino la espada”, dice, pero habla de la espada como un símbolo, el símbolo de la palabra profética que es como una espada afilada que separa las cosas y permite esclarecerlas. Esa imagen que parece bélica en el Evangelio tiene, más bien, una traducción en la gran tradición de la Biblia que la espada es, podríamos decir, el símbolo de la palabra; es más, dice San Pablo: “Empuñen la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios”.

Esto quiere decir que, como dijo el Papa esta semana, vamos a combatir todos en el mundo con las “armas de la paz” que son las armas de Dios. Y esas armas de Dios son la Jornada Mundial de Ayuno y oración que empezaremos el Miércoles de Ceniza, una jornada de ayuno, de oración, de solidaridad por la paz en el mundo, en Ucrania y por la paz también en nuestra sociedad en el Perú.

¿Cómo podemos construir la paz? Hermanándonos y ayudándonos; teniendo en cuenta que hay que desactivar la violencia, desactivar la guerra. Y eso se hace unidos, tratando de acompañarnos y darnos vida los unos a los otros. Por eso, hoy día, vamos a pedir al Señor que nos dé palabras de vida, que sean palabras para cuestionar, ayudar a mejorar, pensar y repensar la vida y, sobre todo, llamar a abrir el corazón, las manos, los oídos y la vista a las necesidades de los demás.

Hermanos y hermanas, el mundo está sufriendo en este momento, y nosotros somos de los países que podemos ser más afectados por una situación grave, y por eso, le pedimos al Señor que nos de la voluntad de paz y unión profunda con este pueblo de Ucrania y con estas hermanas de las ollas comunes. Gracias por haber venido el

día de hoy, estamos muy alegres porque vamos a hacer una campaña linda en donde podamos, por lo menos, calmar por largo tiempo el hambre que tenemos todos los días y que necesitamos saciar ayudándonos.